



CAUDETE ES MORA

Allá en los albores del siglo XIII, Caudete es mora, y se haya encuadrada entre dos poderosos reinos musulmanes: en la zona valenciana tiene a Mardanis, el célebre Rey Lobo, que, tras rebelarse contra el gobernador almohade de Valencia, consigue destruirle, arrebatándole la capital del Turia, para más tarde adueñarse de todo el Levante; en la zona murciana se encuentra el implacable Ibn-Hud, un tagrí con fama de valiente que se considera descendiente de los reyes huditas de Zaragoza y, enarbolando en su mano la bandera negra de los abbasies, intenta unificar bajo su égida a toda la España musulmana. Por el noroeste, los reinos cristianos cuyos reyes no tienen inconveniente en incordiar en lo posible y permitir descaradamente que partidas incontroladas de almogávares hagan sus escarceos por estos lares, que llaman tierra de nadie, esto es, la frontera.

Mientras tanto, en medio de esa densa calma, los moros de Caudete y sus pueblos comarcanos siguen entregados a sus distintos quehaceres, ya que en estos siglos de dominio musulmán la zona ha vivido, si no plácidamente, sí tranquila y próspera. Los moros son gente trabajadora y con una gran capacidad de inventiva para sobrevivir.



Con los primeros destellos del alba, una vez más se escucha la cantinela del almuédano que convoca a la oración desde el alminar, a lo que le responden los pájaros con un chisporroteo de trinos que, unido al suave perdume de azahar que se percibe en el ambiente, nos anuncia que es primavera.

Se disfruta de un clima apacible, el paisaje es ameno, y hasta las estrellas brillan casi con la misma intensidad que en el desierto. Continuamente se renueva la fertilidad en los



bancales, puesto que todas las mañanas los agricultores musulmanes dan muestra de su admirable habilidad para componer los huertos y distribuir los riegos. Esa capacidad de síntesis que hace convivir la higuera con el parral, las hortalizas con los frutales, procurando el mutuo beneficio de las especies vegetales... todo ello lleva a los moros a bendecir mil veces cada día el nombre de Alá.

Si frondosos son sus ferocísimos campos y su huerta encantadora, no lo son menos sus innumerables huertos y jardines, que acarician la muralla circundante del pueblo, donde se mezclan flores y frutos, donde se disfruta en la visión de las flores, con su perfume, con el sonido del agua que de forma continua deja caer sus caños, como cadenas de plata, con el gusto de los frutos de las piteras, asomando por el borde de sus tapias, que con un gesto de gracia oriental nos señalan el camino que penetra en el serenisimo reino de las palmeras.

Pero algo turba aunque, por ahora, nada más que ligeramente la placidez en la que vive Caude. Cuando en la famosa batalla de Alarcos los cristianos salieron derrotados, muchos pensaron que la tranquilidad quedaba asegurada por largo tiempo. Pero he aquí, de nuevo, la cruz. Se están produciendo movimientos extraños en la parte noroeste. La tierra de nadie empieza a encenderse con las frecuentes escaramuzas: se teme (y con razón) que, envalentonados por la victoria, los reyes cristianos hayan decidido reanudar lo que ellos llaman pomposamente la Reconquista.



Estos temores no se manifiestan abiertamente, pero en los corrillos de la gente principal los comentarios rezuman inquietud. Con el sigilo que requieren ciertas decisiones, algunos conspicuos de la sociedad musulmana están ya barajando la posibilidad de abandonar este paraíso y regresar al antiguo hogar africano...